

MIEDO, IMAGINACIÓN Y HOSTILIDAD

Sara Santillán Camacho

INTRODUCCIÓN

La coacción no es la única herramienta que posee el poder político para lograr sus fines. Para ello, es necesario un poder más sutil, el poder de las emociones. En este artículo se explora cómo el condicionamiento cultural y psicológico puede favorecer ciertas inclinaciones políticas y conductas sociales a partir de un lenguaje simbólico que apela a lo más profundo del ser humano, a su ser irracional, animal, primitivo, del cual no suele ser plenamente consciente. Partiendo de una percepción mítica del mundo, donde existe una relación del Bien contra el Mal y un miedo al fin del mundo, surgen visiones y emociones con las que se identifican los individuos, generando respuestas e impulsos frente a todo lo que consideren como un enemigo que atenta contra la supervivencia de la especie humana.

PERCEPCIÓN MÍTICA Y DISCURSO POLÍTICO

El control social suele ser más efectivo si se recurre a las narrativas de la literatura universal que parten de las *emociones* y de ciertos

motivos¹ que hallamos en fantasías, sueños, delirios e imaginaciones de los individuos, acompañadas por vivos matices afectivos que impresionan, influyen y fascinan,² siendo capaces de provocar miedos y angustias que forman parte de una lógica de poder basada en *la política de las emociones*.

La cuestión de las emociones ha despertado un interés en todas las disciplinas, desde las neurobiológicas hasta las sociales, y el consenso apunta a que las emociones constituyen un proceso complejo, que en un nivel primario representa una respuesta química cerebral a ciertos estímulos simbólicos del ambiente. Las emociones están reguladas por el sistema límbico, que también es la sede de los impulsos y constituyen un nivel prerreflexivo, semiinconsciente, corporalmente instintivo de la acción, del que no se es consciente de forma expresa.³

Cuando hablamos de una *política de las emociones* nos referimos al uso del poder inteligente que adquiere una forma sutil donde el sujeto sometido no es siquiera consciente de su sometimiento.⁴ Se trata de un poder que está atento a los anhelos, las necesidades y los deseos de la psique de los individuos para después apelar persuasivamente a las emociones más primitivas del ser humano, como una técnica de control que favorece el dominio a través de lo que nos afecta en un nivel irracional, animal. Por ejemplo, cuando observamos imágenes de seres en conflicto, grupos en combate, dioses y héroes luchando contra monstruos, nos causa tensión en los órganos, principalmente en el estómago, en la medida en que nos identificamos con alguno de los combatientes.⁵

¹ Estas imágenes y conexiones típicas se designan como *representaciones arquetípicas*.

² Carl G. Jung, *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Barcelona, Seix Barral, 1996, p. 411.

³ Byung-Chul Han, *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas formas de poder*, Barcelona, Herder, 2014, p. 40.

⁴ *Ibid.*, p. 19.

⁵ Christopher Vogler, *The Writer's Journey: Mythic Structure for Writers*, Michael Wiese Productions, 2007, p. 356.

Como seres humanos, nos vemos afectados por las emociones y los símbolos, y en la medida en que nos identificamos con ellos, surge un recurso psicológico que puede ser utilizado para la construcción del consenso político para influir y alentar el apoyo público a políticas oficiales que no podría ser producido solamente por medio del argumento racional.⁶

Las emociones y los símbolos que encontramos en las narrativas pueden llegar a constituir, como afirma Soyinka, el prelude de la dominación de la mente y el triunfo del poder,⁷ convirtiéndose en un factor de manipulación y de control de la población. Cassirer afirma que la “impresión” es una fuerza activa de los productos de la expresión mítica en los que quedan implícitas imágenes cargadas de significado, de modo que las emociones⁸ que nos controlan parecen centrarse más en la imagen que en lo que ésta pueda transmitir; es decir, el mito constituye la expresión de una emoción convertida en imagen y vivida como realidad, lo cual puede tener una función operativa, de tipo especulativo o explicativo.

El pensamiento onírico de los pueblos se ve reflejado en los mitos que surgen con un cambio de percepción que genera emociones, resultando éstas más decisivas que los hechos históricos en lo referente a lo que la gente se imagina o no se imagina, y convirtiéndose en un instrumento de poder simbólico del condicionamiento cultural en el arte de la política y la guerra. Los temas mitológicos que obsesionan al imaginario político moderno son “la conspiración maléfica” y “la anunciación o incluso la promo-

⁶ Richard J. Barnet, *Guerra perpetua: los hombres y las instituciones responsables de la política exterior de los Estados Unidos*, México, FCE, 1974, p. 478.

⁷ Wole Soyinka, *Clima de miedo*, Barcelona, Tusquets, 2007, pp. 20-22.

⁸ Las emociones penetran en las profundidades del individuo y sin los estados corpóreos que siguen a la percepción, ésta tendría una forma puramente cognoscitiva, sería pálida, incolora, desprovista de calor emocional. Véase Ernst Cassirer, *Antropología filosófica*, México, FCE, 2013, p. 36.

ción de los orígenes o el fin del mundo”,⁹ los cuales se traducen en cambio climático, migraciones masivas nunca antes vistas por conflictos armados o condiciones climáticas inapropiadas para habitar ciertos territorios, hambrunas masivas, pandemias, escasez de agua, situaciones que generan miedo y terror en lo que respecta a la supervivencia de la especie humana.

EL MITO POLÍTICO Y LA FIGURA DEL ENEMIGO

El mito político es moldeado y trabajado de acuerdo con los intereses de corporaciones, líderes religiosos y partidos políticos para movilizar a millones de personas a través de construcciones simbólicas tales como un himno, una bandera, una ideología, una nación, raza o clase,¹⁰ con los cuales se pretende crear una conciencia política entre las masas, haciéndolas más susceptibles a la apelación del nacionalismo, del radicalismo social y del fundamentalismo religioso. En ese escenario, la movilización demagógica de los débiles, los pobres y los oprimidos es cada vez más fácil,¹¹ por lo que la posesión de un “saber-hacer” opera como un arma científica y política. Su activación se manifiesta en la recurrencia de la política contemporánea en contextos sociohistóricos específicos, a motivos mitológicos con reminiscencias, incluso arquetípicas para legitimar una forma de gobierno, un régimen, un sacrificio social, guerras y combates a enemigos mitológicos, discursivamente contruidos.¹² Los políticos modernos saben muy bien que a las gran-

⁹ Roland Doron y Françoise Parot [dirs.], *Diccionario Akal de Psicología*, Madrid, Akal, 1998, p. 512.

¹⁰ Luis Jaime Estrada Castro, *Mitología del enemigo: la construcción discursiva del crimen organizado como enemigo del Estado*, 2015 (Tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, FCPyS-UNAM), p. 55.

¹¹ Zbigniew Brzezinski, *The choice: Global domination or global leadership*, Perseus, Nueva York, 2005, p. 43.

¹² Estrada Castro, *op. cit.*, p. 51.

des masas las mueve más fácilmente la fuerza de la imaginación, que la fuerza física. Y de este saber se han servido ampliamente.¹³

El mito político en cuanto arquetipo no opera siempre de la misma manera ni aparece con la misma fuerza. La plenitud de ésta se alcanza cuando tiene que enfrentarse a una situación insólita y peligrosa. En la actualidad, es bajo la *visión escatológica del mundo*¹⁴ donde suele propiciarse el terreno fértil para que crezcan los mitos políticos, cuando surge en la sociedad alguna de las siguientes ideas:

1. La idea de que hay una nación (grupo, minoría, mayoría) enemiga en particular que encarna el mal, y que de ser derrotada, el mundo se volvería un paraíso.
2. La idea de que actuar en contra de este enemigo (ahora *el* enemigo) es el camino a la gloria y a las alturas legendarias de la existencia.
3. La idea de que cualquiera que no esté de acuerdo con tales verdades es un traidor.¹⁵

Esta visión implica una dualidad presentada bajo la figura del *dos*, como representación del *conflicto*, como *escisión interna de lo que existe en el mundo*.¹⁶ Para construir esta visión del mundo, suele recurrirse a:

Cualquier trivialidad [para] ser convertida en un acontecimiento mayúsculo, en algo por lo que vale la pena matar, morir [...] La mayoría

¹³ Cassirer, *op. cit.*, p. 342.

¹⁴ Visión conformada por el conjunto de creencias referentes al devenir del mundo o de las realidades últimas.

¹⁵ Lawrence LeShan, *La psicología de la guerra: un estudio de su mística y su locura*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995, p. 46.

¹⁶ Julio Amador Bech, "Figuras y narrativas míticas de lo indígena prehispánico en el mural Dualidad de Rufino Tamayo", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Nueva Época, vol. 56, núm. 213, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 2011, p. 19.

de las veces estas siniestras fantasías, que a menudo vienen coloreadas con tintes históricos y que comúnmente tienen que ver con viejas ofensas, indignidades y ultrajes (casi siempre apócrifos o exagerados), tienen la función de exaltar el odio por lo “otro”, de despertar a la bestia dormida de la sociedad y hacerla partícipe, o por lo menos cómplice silenciosa de la carnicería.¹⁷

CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE LA FIGURA DEL ENEMIGO

El pueblo escucha con entusiasmo historias de guerra, canciones, poemas, lee ávidamente libros que narran historias bélicas,¹⁸ escucha la radio, navega en internet y tiene acceso instantáneo a imágenes violentas y desgarradoras, y acude masivamente a ver películas que celebran los conflictos armados y reverencian a los héroes.¹⁹ De este modo, imágenes e historias son designadas para crear significado, el cual nos hace sentir bien respecto a nuestro lugar en el mundo, y construye psicológicamente nuestra acción en el mundo y nuestra relación con otros seres humanos. Sobre la unidad psicológica que provocan estas narraciones:

Clifton Fadiman afirma que la idea de la unidad es muy atrayente, pero ¿cómo se consigue? Una de las cosas que hace que las personas se pongan de acuerdo unas con otras es la contemplación o el disfrute de una obra de arte [...] creo que el disfrute y el aprecio del arte es un

¹⁷ Naief Yehya, *Guerra y propaganda: medios masivos y el mito bélico en Estados Unidos*, México, Paidós, 2003, pp. 25 y 26.

¹⁸ Para Eduardo Galeano, la literatura abarca al conjunto de los mensajes escritos que integran una determinada cultura, al margen del juicio de valor que por su calidad merezcan. Véase Eduardo Galeano, “Diez errores o mentiras frecuentes sobre literatura y cultura en América Latina”, en *El Viejo Topo*, núm. 45, Barcelona, Ediciones 2001, junio de 1980, pp. 10-16.

¹⁹ Chris Hedges, *War is a force that gives us a meaning*, Nueva York, Public Affairs, 2002, p. 75.

medio para asegurar el tipo de unidad psicológica que perseguimos, y es por eso que es importante para la defensa nacional.²⁰

Hoy nos enfrentamos con el condicionamiento cultural para la guerra, que ha sido una experiencia común a las masas en las últimas generaciones.²¹ Son el conflicto y la enemistad las claves fundamentales de la política.²² Ya decía Sun Tzu: “Siembra entre ellos las sospechas mutuas, de manera que reine en ellos el malentendido. Así podrás conspirar contra ellos”.²³

La construcción simbólica del enemigo implica una campaña de histeria colectiva que hace uso de las emociones para pervertir toda comunicación social de modo constante al insertar el mito político de la guerra y mantenerlo vivo en todos los ámbitos de la vida,²⁴ partiendo de una comunicación unidireccional como tentativa para modificar la conducta del interlocutor, por intermedio de su creencia,²⁵ que logra cegar a sus seguidores ante las realidades que los rodean, al tiempo que los encierra en una comunidad de convicción,²⁶ producto de la ignorancia sobre el origen de los conflictos personales y sociales y del deseo de certidumbre e invulnerabilidad. Por ejemplo, en la campaña que llevó al poder al actual presidente de Estados Unidos, Donald Trump, la articulación del resentimiento y el odio logró la unificación nacional necesaria para un orden social con tendencias totalitarias.

La capacidad que se tiene de usar la fuerza simbólica como *prima o ultima ratio* se ejerce en la esfera de la persuasión, responde a

²⁰ Serge Guilbaut, *De cómo Nueva York robó la idea de arte moderno*, Madrid, Mondadori, 1980, p. 79.

²¹ Kimball Young, *Psicología social de la revolución y de la guerra*, Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 111.

²² Estrada Castro, *op. cit.*, p. 119.

²³ Sun Tzu, *El arte de la guerra*, México, Axial, 2012, p. 13.

²⁴ Yehya, *op. cit.*, p. 214.

²⁵ Guy Durandin, *Les fondements du mensonge*, París, Flammarion, 1972, p. 400.

²⁶ Soyinka, *op. cit.*, p. 74.

un principio de legitimidad: se inscribe en un orden de finalidades y suscita la adhesión de aquellos a quienes somete. La censura es una de las herramientas utilizadas para controlar la información y los marcos interpretativos. Los líderes políticos tienen que moldear para nosotros lo que significa el desacuerdo dentro de unos límites que no impliquen la pérdida de un mínimo de fe en el sistema.

El mundo de los siglos XX y XXI percibe los conflictos de un modo distinto a los siglos anteriores debido al conocimiento más profundo de la psique humana y a la experimentación con ella, al poder de difusión y persuasión, y a la enorme influencia que tienen los medios de comunicación sobre la percepción y la imagen. Las representaciones visuales, en cuanto culturales, están imbuidas de nacionalismo y traen aparejadas el uso del arte por la industria publicitaria,²⁷ tal como lo demuestra la explotación del mito de la guerra y el desarrollo del apetito del pueblo por este tipo de narraciones que han evolucionado para convertirse en consumo y entretenimiento bélico. Después de la transmisión de la deshumanización de la guerra de Vietnam y el movimiento antibelicista que generó, los conflictos bélicos se convirtieron en superproducciones a partir de la Guerra Fría, un lejano e invisible montaje de escenografía con fuegos artificiales, retransmitida casi en exclusiva por CNN. Para Yehya, a este tipo de periodismo se debe que las guerras ahora sean más míticas que sensoriales, más escatológicas y cataclísmicas, que políticas.²⁸

La polémica en torno a la guerra no hace más que montar el escenario²⁹ que al hacer uso del *poder inteligente*, produce impulsos violentos hacia un enemigo reificado y categorizado,³⁰ cuya ima-

²⁷ Guilbaut, *op. cit.*, p. 119.

²⁸ Yehya, *op. cit.*, p. 55.

²⁹ Lourdes Arizpe, *Culturas en movimiento: interactividad cultural y procesos globales*, México, H. Cámara de Diputados LIX Legislatura, CRIM-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2006, p. 78.

³⁰ George Yudice, *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 409.

gen ha sido construida durante un tiempo suficiente como para convertirla en un estereotipo a través del cual observamos, y que favorece respuestas condicionadas por la emoción que suscita y el convencimiento de la nobleza de las intenciones de la lucha: liberar, civilizar o independizar³¹, sin importar la muerte o la destrucción provocadas. Un fuerte espíritu de lucha estimula una intensa solidaridad endogrupal que se origina tanto en el miedo, el odio y la agresión como en el amor y el mutuo apoyo,³² *emociones* de donde emana el entusiasmo patriótico y la fe en un sistema o en una causa política.

Los mitos políticos tienen el poder de producir ciertos efectos y estimular emociones como el miedo —inhibidor y desencadenante de patrones neuronales—, y factores psicológicos que funcionan como fuerzas activas que influyen en el organismo, en la capacidad de juicio y en el discernimiento crítico,³³ tanto en individuos como en sociedad. La sincronización de estas emociones colectivas conduce a lo que Virilio denomina la *administración del miedo* (o de la química cerebral), que implica la creación y el establecimiento de una ideología y de una política dirigidas a orquestar el miedo que se suscita³⁴ y cuya lucha contra todas las tendencias malignas y peligrosas justifica la destrucción de otros, apelando no sólo a la astucia lícita sino también a la mentira consciente, al engaño premeditado³⁵ y al odio como agente unificador contra todos los ajenos,³⁶ y junto con la lealtad a una creencia, se puede mantener la lucha y la escalada en el nivel de antagonismo. Ante la nueva ola global de odio y violencia actual, resurge el miedo contra lo que percibimos como un *enemigo* para nuestra supervivencia como especie humana o como grupo social específico.

³¹ Yehya, *op. cit.*, p. 22.

³² Young, *op. cit.*, p. 106.

³³ Cassirer, *op. cit.*, p. 334.

³⁴ Paul Virilio, *The administration of fear*, Los Ángeles, Semiotext(e), 2012, p. 15.

³⁵ Sigmund Freud, *El malestar de la cultura*, Alianza, Madrid, 2011, p. 295.

³⁶ *Ibid.*, p. 339.

Cuando una emoción como el miedo es producto de un estímulo intencionado y condicionado, la sensación de indefensión provoca un estado de ansiedad engendrada por la anticipación de un peligro difuso, difícil de prever y controlar, el cual una vez identificado como perjuicio a la libertad, a la seguridad o a la integridad de un individuo o de un grupo, desata el poder del mito político, con sus violentas emociones y sus visiones más espantosas,³⁷ dando lugar a la paranoia³⁸ e histeria colectiva, al conjunto de delirios donde la temática de persecución domina, aunque esta pueda provenir de un juicio falso y de un razonamiento *a priori* que llevan a interpretar la actitud del otro como hostil respecto a un individuo y grupo³⁹ o, como comenta Soyinka, apelar al miedo primitivo a ser controlado y dominado por alguna extraña fuerza que pueda poner fin a nuestra existencia.

Por otro lado, la idea del miedo que surge al amparo de ideas o creencias, intereses o necesidades, valores o prejuicios puede considerarse como un miedo cultural, y sólo ser compartido por ciertos grupos; es cambiante y varía con el paso del tiempo. Entre los miedos culturales, se encuentra el miedo de los grupos a perder un sitio privilegiado en la comunidad; el de las autoridades a ver minado su poder y legitimidad, el de las élites a perder su posición y el reconocimiento de la misma,⁴⁰ entre otros.

Y si el miedo en sí mismo no puede ser considerado como una ciencia, es posible que sea una técnica de control⁴¹ político y so-

³⁷ Cassirer, *op. cit.*, p. 61.

³⁸ La lógica psicoanalítica junto con Freud atribuye el valor de defensa al delirio paranoico, la cual estaría caracterizada por una negación (rechazo de una parte de la realidad) y una proyección (atribución al otro de sentimientos propios, no reconocidos como suyos).

³⁹ Doron y Parot, *op. cit.*, p. 420.

⁴⁰ Elisa Speckman [coord.], *Los miedos en la historia*, México, CEH-Colmex/IIS-UNAM, 2009, pp. 10 y 11.

⁴¹ Albert Camus, “Ni víctimas ni verdugos: el siglo del miedo”, en *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1981, p. 290.

cial. Miedo y miedos: individuales y colectivos, combinándose y reforzándose uno al otro (la dinámica misma del miedo) y esparciéndose por el mundo,⁴² ocupándolo física y mentalmente como una preocupación. Y donde hay miedo, hay un increíble poder de condicionamiento, pues como confirma Virilio, el miedo se impone como una falsa y aterradora realidad donde es inevitable que el hombre busque algo que lo proteja, que le dé una sensación de seguridad, lo que puede derivar en un gran placer en la conformidad y en el sometimiento voluntario porque en ello hay una gran seguridad y protección.⁴³

El enemigo es percibido como una irrupción del hábitat, como una amenaza real, aunque pueda ser imaginaria, que presagia un daño potencial a través de una relación de fuerzas desiguales donde las intenciones del otro están predeterminadas por un condicionamiento cultural y psicológico. La construcción simbólica del enemigo se vuelve sobre un determinado grupo escogido arbitrariamente como total: “ahora es contra todos los franceses” o “ahora es contra todos los alemanes”,⁴⁴ y lo es en función de los cambiantes intereses y voluntades políticas que las ideologías organizadas representan;⁴⁵ se resignifica en cada contexto socio-cultural, define y construye realidades, transforma cosmovisiones y legitima combates.⁴⁶

En el momento en que empieza a perfilarse la figura del enemigo, se dibujan tanto el propósito como la lógica del orden político. Los discursos políticos han sido escritos desde una posición de fuerza, a partir del deseo que tienen los centros hegemónicos de convencer al mundo de la trascendencia universal de sus propias cualidades. El control del poder simbólico es aquí esencial para

⁴² Virilio, *op. cit.*, p. 7.

⁴³ Jiddu Krishnamurti, *Más allá de la violencia*, México, Planeta, 1998, p. 146.

⁴⁴ Elías Canetti, *Masa y poder*, Barcelona, Alianza, 2013, p. 103.

⁴⁵ Julio Amador, *Las raíces mitológicas del imaginario político*, México, Porrúa, 2004, p. 71.

⁴⁶ Estrada Castro, *op. cit.*, pp. 97-99.

garantizar el poder a través de la tecnificación del mito político. Los enemigos políticos pueden ser países extranjeros, creyentes en ideologías contrarias, grupos que son diferentes en algún aspecto o ficciones de la imaginación; en todo caso, constituyen una parte intrínseca de la escena política, ya que mientras uno puede ser enemigo de alguien, al mismo tiempo puede ser aliado de alguien más. Estas escenas provocan pasiones —en su expresión emotiva, fuerte e incontrolada—, miedos y esperanzas que dan al espectáculo político un enorme poder de fascinación.

En *The psychology of war* (2002), Lawrence LeShan señala que cuando una guerra se prepara, los gobiernos tienden a presentar el conflicto en términos escatológicos: crean una imagen del enemigo como la encarnación del Mal, que debe ser derrotado.⁴⁷ Antes de iniciar el combate, y para el control o exterminio del enemigo, éste debe ser construido, caracterizado, nombrado y reconocido⁴⁸ en una imagen, lo cual requiere que las cúpulas del poder lleven a cabo amplias, intensas y sistemáticas campañas de satanización⁴⁹ del enemigo y de persuasión sobre la necesidad de participar en una misión purificadora, reivindicadora o justiciera⁵⁰ para liberar e independizar, cuando en realidad están siendo sometidos a un régimen de miedo que gobierna gran parte de las relaciones sociales. Por ejemplo, durante la campaña de Donald Trump los mexicanos fueron elegidos como uno de los enemigos de la nación estadounidense: “México no está mandando a sus mejores personas, sino a las que traen más problemas. Ellos traen drogas, traen crimen, son violadores... Necesitamos construir un muro...”.

El miedo como instrumento de dominio político y como estrategia de dominación constituye un acto político de control social, esto nos remite a la idea de Clausewitz, de que “la guerra es

⁴⁷ Yehya, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁸ Estrada Castro, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁹ La palabra hebrea *Satan* significa “adversario”.

⁵⁰ Yehya, *op. cit.*, p. 25.

la continuación de la política por otros medios”. Y si el miedo es utilizado como una técnica de control para lograr la más amplia aceptación y el consenso de la opinión pública (nacional o internacional) en favor de programas económicos y políticos y de vigilancia doméstica, en contra de adversarios políticos y de una oposición legítima, en la justificación de la reducción de libertades civiles, y en la supresión de la resistencia a la ocupación militar, se está empleando una técnica consagrada por el tiempo, que consiste en quitar legitimidad y presentar como ser maligno todo aquello que vaya en contra del consenso político y del *statu quo*.

Cuando en el ambiente impera un *clima de miedo*, la sensación de libertad que se da por sentada en la vida normal, se contrae agudamente; la cautela y el cálculo reemplazan una norma de espontaneidad o costumbre,⁵¹ la aprehensión nerviosa y atemorizante de ser tocado por algún repentino e inesperado ataque,⁵² genera el ansia de seguridad de nuestros días ante cualquier peligro o amenaza percibida como cataclísmica.

Tanto “la conspiración maléfica” y “la anunciación o incluso la promoción de los orígenes o el fin del mundo” implican una configuración maniquea del bien y del mal que “debe ser” combatido, erradicado y sustituido por lo bueno.

En la actualidad, el impacto global que generan los constantes intercambios e interacciones sociales, económicas, políticas y culturales entre los continentes, han generado que ciertas prácticas demarquen un ámbito de poder, donde la visión amplificada o reducida de las relaciones entre los seres humanos y con el mundo es construida a través de un flujo incesante de símbolos, imágenes y mensajes emitidos desde un centro de poder que lo significa y limita a una forma específica de abordar la realidad, generando una clase de ficción que se justifica a sí misma por su conveniencia y su eficacia para continuar y preservar el orden en la misma forma inalterable.

⁵¹ Soyinka, *op. cit.*, p. 19.

⁵² Canetti, *op. cit.*, p. 13.

El pensamiento dual y las categorías humanas recortan el mundo en trozos particulares que crean diferencias abismales, ignorancia e incomprensión, las cuales son explotadas para impedir de algún modo, la posibilidad de un conocimiento multidimensional donde cada universo no confunda simplemente su propia visión con la realidad y la considere como una verdad única e irrefutable, sino en su lugar, abra un nuevo horizonte de comprensión y muestre un nuevo aspecto de lo humano.

Concebir a la cultura como un conjunto de significaciones simbólicas —como un sistema de mitos, concepciones y creencias, heredadas y expresadas en las formas simbólicas (arte, mito, ciencia, religión y lenguaje) que crean significados y permiten evocar con fuerza emociones a través de las cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida— implica el reconocimiento del pensamiento simbólico como mediador de nuestra relación con el mundo y como fuerza activa que moldea las mentes, las prácticas y las relaciones humanas.

El estudio de la cultura como universo simbólico condicionante de la percepción de los principales conflictos en el mundo, conlleva a la consideración de centros de poder político, económico e ideológico que crean y emiten símbolos que constantemente se internacionalizan y cuyos significados justifican su propia autoconservación. Aunado a ello, la capacidad de persuasión y sugestión que poseen los grupos más poderosos en el mundo, se ve reflejada en la atracción y convencimiento masivo y simultáneo gracias a las comunicaciones actuales, de que los valores y principios que conforman su sistema cultural y su modelo económico y social son los más indicados para todos, al hacer prevalecer la evidencia de lo verdadero en la demarcación de un asunto en particular, considerándose falso todo aquello que está fuera del marco.

El impacto de los acontecimientos en la mente colectiva tiene serias repercusiones en su quehacer político y en la percepción y trascendencia de ciertas creencias que nos arraigan en lo que ya hemos conocido, preconcebido e imaginado y a las que nos aferra-

mos firmemente, mientras que la apertura hacia lo desconocido y lo extraño genera un miedo y una incertidumbre que propician una búsqueda de seguridad basada en las distancias más que en los contactos y las aproximaciones humanas.

La noción del poder simbólico adquiere mayor importancia dada la globalización y la revolución de las comunicaciones. En el mundo de hoy, interactivo e interdependiente, conectado al instante, aquello que se comunica ha adquirido un poder con grandes repercusiones en la psique humana, la cual se halla inmersa en una realidad virtual internacional en la que circulan símbolos que funcionan como integradores sociales y generadores de consenso que permiten construir un punto de referencia global donde está presente la influencia de líderes y portavoces de grupos con una capacidad de actuación internacional directa: gobiernos, empresas transnacionales, líderes religiosos, intelectuales, artistas, periodistas, científicos, que suelen emitir mensajes cuyo objetivo es moldear la percepción de los acontecimientos mundiales y generar tendencias sociales.

Los grupos dedicados a construir la imagen simbólica están al tanto de la frustración, la ansiedad, la agitación y la ira de nuestros días, y del anhelo de la distracción, de un panorama de visiones, sonidos, emociones y excitaciones que nos evaden de la problemática mundial y nos invitan a escapar, por un lado, de ciertas emociones y, por el otro, a consumir otras emociones. Proveen una estimulación violenta y compleja de los sentidos, que nos hace progresivamente menos sensibles, y así, necesitados de una estimulación aún más violenta para justificar las acciones políticas, a través de la intervención de los medios de comunicación, instrumentos que actúan como filtros culturales, como intermediarios entre los seres humanos, y como propagadores de la amenaza del terrorismo en el mundo.

El clima de miedo es posible gracias a que el ambiente se satura de imágenes míticas donde fantasías, sueños y delirios le proporcionan a la población una sensación de que existe un significado que le da sentido a lo que ocurre en el mundo y, a su vez, cons-

truyen la identificación a través de la afectividad que genera la implicación emocional del ser en el mundo.

El mito, en su aspecto tecnificado, tiende a ubicar los imaginarios arquetípicos en una conspiración maléfica que construye una realidad social maniqueista para legitimar un gobierno, una guerra, una idea del enemigo, cuyo rostro es reemplazable una y otra vez. La especulación de orden cosmológico, teológico y ético que antecede a toda guerra tiene el propósito de desencadenar tensión nerviosa y condicionamiento de la conciencia social al partir de una oposición conflictual entre el Bien y el Mal en el centro de una mitología, donde el enemigo considerado como la encarnación del Mal es percibido como una irrupción en el hábitat y una amenaza a la propia existencia.

CONCLUSIONES

El condicionamiento cultural hace uso del poder de las emociones, generando un sometimiento voluntario que se refleja en el quehacer político y económico de millones de personas en el mundo, y esto es posible gracias a una maquinaria donde varias disciplinas interfieren: los científicos estudian a profundidad la psique humana y experimentan con ella, los escritores utilizan los recursos que apelan a las emociones más primitivas, los diseñadores y artistas de experiencias sensoriales traducen las emociones en imagen, los medios de comunicación proyectan dichas imágenes y los discursos políticos retoman una y otra vez dichas imágenes para justificar acciones políticas.

Si el miedo puede utilizarse como una técnica de control eficiente, éste ejerce un papel primordial en la configuración de un enemigo, apelando a los miedos más profundos del inconsciente colectivo para influir política y socialmente en los individuos al modificar su percepción sobre lo que acaece en el mundo y su acción en el mismo.